



La Santa Sede

PEREGRINACIÓN JUBILAR DEL PAPA JUAN PABLO II
A GRECIA, SIRIA Y MALTA TRAS LAS HUELLAS DE SAN PABLO APÓSTOL
(4-9 DE MAYO DE 2001)

ENCUENTRO CON LA COMUNIDAD MUSULMANA
EN LA MEZQUITA DE LOS OMEYAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Damasco

Domingo 6 de mayo de 2001

Queridos amigos musulmanes, ¡la paz esté con vosotros!

1. Alabo de corazón a Dios todopoderoso por la gracia de este encuentro. Os agradezco mucho vuestra cordial acogida, según la tradicional hospitalidad del pueblo de esta región. Agradezco especialmente los amables saludos del ministro del Waqf y del gran muftí, que, con sus palabras, han expresado el gran deseo de paz que llena el corazón de todas las personas de buena voluntad.

Mi peregrinación jubilar se ha caracterizado por numerosos e importantes encuentros con líderes musulmanes en El Cairo y Jerusalén, y ahora me siento profundamente conmovido por ser vuestro huésped aquí, en la gran mezquita de los Omeyas, tan rica en historia religiosa. Vuestra tierra es muy querida para los cristianos: aquí nuestra religión conoció momentos fundamentales de su crecimiento y de su desarrollo doctrinal, y aquí se fundaron comunidades cristianas que vivieron en paz y armonía con sus vecinos musulmanes durante muchos siglos.

2. Nos hallamos cerca de la que cristianos y musulmanes consideran como la tumba de san Juan Bautista, conocido como *Yahya* en la tradición musulmana. El hijo de Zacarías es una figura de gran importancia en la historia del cristianismo, porque fue el Precursor que preparó el camino a

Cristo. La vida de san Juan, entregada totalmente a Dios, se coronó con el martirio. Ojalá que su testimonio ilumine a todos los que veneran aquí su memoria, para que tanto ellos como nosotros comprendamos que la gran tarea de la vida consiste en buscar la verdad y la justicia de Dios.

El hecho de que nuestro encuentro se celebre en este famoso lugar de oración nos recuerda que el hombre es un ser espiritual, llamado a reconocer y respetar la primacía absoluta de Dios en todas las cosas. Los cristianos y los musulmanes concuerdan en que el encuentro con Dios en la oración es el alimento necesario para nuestra alma, sin el cual nuestro corazón se vuelve árido y nuestra voluntad ya no busca el bien, sino que cede al mal.

3. Los musulmanes, al igual que los cristianos, consideran sus lugares de oración como oasis donde encuentran al Dios misericordioso a lo largo de su camino hacia la vida eterna, y a sus hermanos y hermanas mediante el vínculo de la religión. Cuando, con ocasión de matrimonios, funerales u otras celebraciones, los cristianos y los musulmanes guardan silencio por respeto a la oración del otro, dan testimonio de lo que los une, sin ocultar o negar lo que los separa.

En las mezquitas y en las iglesias las comunidades musulmanas y cristianas forjan su identidad religiosa, y los jóvenes reciben en ellas una parte significativa de su educación religiosa. ¿Qué sentido de identidad se inculca en los jóvenes cristianos y en los jóvenes musulmanes que frecuentan nuestras iglesias y mezquitas? Espero ardientemente que los líderes religiosos y los maestros musulmanes y cristianos presenten nuestras dos grandes comunidades religiosas *como comunidades en diálogo respetuoso, y nunca más como comunidades en conflicto*. Es fundamental enseñar a los jóvenes los caminos del respeto y la comprensión, a fin de que no abusen de la religión para promover o justificar el odio y la violencia. La violencia destruye la imagen del Creador en sus criaturas, y nunca debería considerarse como fruto de convicciones religiosas.

4. Espero de verdad que este encuentro en la mezquita de los Omeyas sea un signo de nuestra decisión de proseguir el diálogo interreligioso entre la Iglesia católica y el islam. Este diálogo ha cobrado mayor impulso en las últimas décadas; y hoy podemos estar satisfechos por el camino recorrido hasta ahora. En el nivel más elevado, el [Consejo pontificio para el diálogo interreligioso](#) representa a la Iglesia católica en esta tarea. Durante más de treinta años el Consejo ha enviado un mensaje a los musulmanes con ocasión de la *Îd al-Fitr*, al final del Ramadán, y me alegra que este gesto haya sido acogido por muchos musulmanes como un signo de creciente amistad entre nosotros. En los últimos años el Consejo ha creado un comité para las relaciones con las organizaciones islámicas internacionales, así como con el *al-Azhar*, en Egipto, que tuve el placer de visitar el año pasado.

Es importante que los musulmanes y los cristianos sigan examinando juntos cuestiones filosóficas y teológicas, para llegar a un conocimiento más objetivo y completo de las creencias religiosas del otro. Ciertamente, una mejor comprensión recíproca llevará, en la práctica, a un nuevo modo de

presentar nuestras dos religiones, *no en oposición*, como ha sucedido muchas veces en el pasado, *sino en colaboración con vistas al bien de la familia humana*.

El diálogo interreligioso es más eficaz cuando brota de la experiencia de la "convivencia" diaria en la misma comunidad y cultura. En Siria los cristianos y los musulmanes han convivido durante siglos, y han desarrollado incesantemente un rico diálogo de vida. Cada persona y cada familia experimenta momentos de armonía, y otros en que se rompe el diálogo. Las experiencias positivas deben fortalecer la esperanza de paz de nuestras comunidades, y las negativas no deberían debilitarla. Por todas las veces que los musulmanes y los cristianos se han ofendido recíprocamente, debemos buscar el perdón del Todopoderoso y ofrecérselo unos a otros. Jesús nos enseña que debemos perdonar las ofensas de los demás si queremos que Dios perdone nuestros pecados (cf. *Mt 6, 14*).

Como miembros de la familia humana y como creyentes, tenemos obligaciones con respecto al bien común, la justicia y la solidaridad. El diálogo interreligioso llevará a muchas formas de cooperación, especialmente para cumplir el deber de asistir a los pobres y a los débiles. Estos son los signos que muestran la autenticidad de nuestro culto a Dios.

5. Los cristianos, mientras avanzamos por el camino de la vida hacia nuestro destino celestial, sentimos la compañía de María, la Madre de Jesús; y el islam también honra a María y la saluda como "elegida entre todas las mujeres del mundo" (*Corán*, III, 42). La Virgen de Nazaret, la Señora de *Saydnâya*, nos ha enseñado que Dios protege a los humildes y "dispersa a los soberbios de corazón" (*Lc 1, 51*). Ojalá que los cristianos y los musulmanes se traten con sentimientos de fraternidad y amistad, para que el Todopoderoso nos bendiga con la paz que sólo el cielo puede dar. ¡Al Dios único y misericordioso, alabanza y gloria por siempre! Amén.